



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

Pasiones de la historia.

Autor:
Panesi, Jorge.

Revista
Filología

1999, N°32 1/2, pp. 121-128



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

PASIONES DE LA HISTORIA

RÉSUMEN

En este artículo se parte de la idea de que la crítica literaria argentina a partir de *Contorno* experimentó la ansiedad o el *pathos* por la Historia de la Literatura. En este sentido, la publicación incompleta de algunos proyectos de Historia Literaria, escapa a los límites de una mera empresa editorial para convertirse en un programa de revisión crítica de toda la literatura argentina. El trabajo analiza comparativamente el programa de dos historias inconclusas (por distintos motivos) que fueron llevadas a cabo por dos críticos emblemáticos de la revista *Contorno*, David Viñas y Noé Jitrik.

ABSTRACT

The starting point of this paper is the following idea: argentinian literary criticism felt an anxiety or *pathos* for History of Literature. In this sense, the incomplete published version of some projects of Literaty History of Literature is not merely an editorial enterprise but a program of critical review of the argentinian literature as a whole. In this article, a comparision is made between two unfinished, due to different reasons, different programs carried on by two outstanding critics of cultural magazine *Contorno*, David Viñas and Noé Jitrik.

Nadie necesitó nunca (pero en definitiva era un imprescindible protocolo intelectual de los teóricos) que lo que se siente al hacer literatura fuera llamado filosóficamente con el nombre de "pasión". Abreviemos penosas definiciones: "pasión" es lo que nos consume en vano. La vanidad insoslayable de la pasión o de la literatura. Algo que Derrida, 1993, escribe en plural ("pasiones"), sin duda para lograr el desacuerdo sublimatorio y autobiográfico que cobija en el mismo abrazo literatura y filosofía. Algo que Blanchot, escribiría en singular, más alejado de las cuadriculadas parcelas de la propiedad académica. Quizás

porque la pasión por la literatura no se nombra, y si se nombra, por ejemplo, con el nombre de "pasión por la literatura", ésta, la literatura, ni se estremece ni tampoco entrega nada definitivo que escape a la aniquilación del tiempo o de la historia, ese cementerio donde se nombra prolijamente el cese de pasiones idas para alimento de las pasiones nuevas del investigador.

Quisiera hablar de esta pasión oblicua de o por la literatura que puede nombrarse en la Argentina muy claramente. Se trata de un *pathos*, o de un apasionamiento de escritores y críticos por la historia de la literatura. *Pathos* apenas adormecido por los años estructuralistas con su escaso amor histórico, la pasión por la historia es visible hoy en las empresas de la crítica condensada en un gesto que no logra acallar del todo la herencia monumental que supone bregar con la totalidad de la literatura nacional.

Desde luego, referirme a dos obras de historia literaria, inconclusas ambas, y que comparten dos formas diferentes de la virtualidad, la posibilidad o la imposibilidad de sus resultados, puede ser metodológicamente objetable. Un libro que todavía no es (o es solo una parte), y otro que hubiera podido ser (y que es solo lo que es en su abortada conclusividad).

Porque comparar, aunque sea a grandes pinceladas, el primer volumen de la trunca *Historia social de la literatura argentina*, dirigido en 1989 por David Viñas, con la obra de Noé Jitrik *Historia crítica de la literatura argentina* (que acaba de aparecer en 1999), es una invitación tanto a las conjeturas descontroladas que reconstruyen una totalidad perdida, como a la entonación profética que interpreta unos primeros signos de nacimiento como si fuesen inequívocas manifestaciones de un cuerpo adulto en su plenitud. Dudosa comparación, además, puesto que los dos tomos pertenecen a dos períodos distintos (el de Viñas, subtulado *Yrigoyen, entre Borges y Arlt*, va desde los años 1916 a 1930, y el de Jitrik, *La irrupción de la crítica*, desde 1955 a 1976). Ambos esfuerzos, está muy claro, son comunitarios en un doble sentido: empresas colectivas, que concentran un estado del saber crítico universitario bajo la imaginaria forma pedagógica (y jerárquica) del maestro director y los representantes más bisoños de la comunidad intelectual; pero empresa también dirigida hacia comunidades más vastas de público a través de una alianza comercial entre el prestigio académico y las editoriales. El pretexto de la historia condensa las fuerzas de la crítica y la obliga a mirarse a sí misma con un afán que es, al mismo tiempo, un movimiento abarcador de apertura. Una historia literaria sirve porque está destinada al uso común, es inevitablemente, un manual destinado a envejecer. Irónicamente el trabajo comunitario o en equipo no solo multiplica las perspectivas o las narraciones posibles, sino que, en la historia de las historias de la literatura argentina, lo acerca a la obra desacreditada de Arrieta. Parece que a partir de allí las historias literarias (las dos versiones de *Capítulo*, en 1967 y en 1980, y las dos que nos ocupan) apelan a la parcelación y a la

especialización del saber de sus colaboradores. De seguro, muchas son las causas de esta parcelación, pero subrayemos una, consecuente con el *pathos* histórico de la crítica argentina: escribir una historia literaria es un momento de recapitulación y de prueba a que la propia crítica se somete. En la prueba se mide una voluntad de poderío o la posibilidad de vislumbrar hasta dónde alcanzan las fuerzas de un grupo, por más heterogéneo y diverso en su formación como puede parecer.

Cuando en un excelente trabajo comparativo, Ana María Zubieta (1987), desecha cotejar otras historias para quedarse solo con la de Rojas y el libro de Viñas *Literatura argentina y realidad política*, justifica su elección por razones de coherencia: en estos dos casos, el relato está sostenido por un sujeto que le otorga fuerza unificadora. Sin embargo, para incluir al libro de Viñas debe recurrir a la etiqueta de “ensayo”, quizá porque en 1987 se siente que no es del todo una Historia, o porque se necesite reivindicar otra versión menos apacible que las habituales. En la crítica argentina la pasión por la historia (como lo señaló muy bien Beatriz Sarlo, 1981) nace de *Contorno*, y el bautismo lleva la oración de la polémica. Podríamos agregar que hay una cierta nostalgia en Zubieta por estas narraciones de una sola voz, pero la nostalgia es también un reconocimiento de su imposibilidad. Lo cierto es que son dos voces de *Contorno* (Viñas y Jitrik) las que emprenden una tarea colectiva, sin duda, para asumir esa herencia, y para proponerse como maestros legadores de la herencia.

Rojas para dar consistencia a una cátedra y a un objeto escribe una *Historia de la Literatura Argentina*. La crítica universitaria nace, entonces, de una imposición histórica, de la necesidad de llamar a la Historia. Porque convocar a la historia tampoco es un capricho autorreferencial de la crítica argentina, ni el solo fruto iconoclasta de los apuntes irascibles de *Contorno*: la pasión por la historia, como diríamos en la jerga, “está en el objeto”, o mejor, la praxis literaria penetra la coraza analítica del autodistanciado discurso académico. O aún mejor: a la crítica argentina la pasión por la historia le viene de la literatura. Cosa muy curiosa: para probar esta tesis debemos apelar a Borges tal como aparece en el libro de Viñas, pertinaz negador sin arrepentimientos de una literatura que él sitúa en los cielos de cierta espiritualidad trabajosa. Graciela Montaldo, la directora del único tomo, reconoce la potencia crítica de los ensayos juveniles de Borges y su alternativo modo de leer la tradición cultural (fragmentariamente opuesta al monumento de Rojas), lo que configura –dice Montaldo– “*otra versión de la historia de la literatura argentina*” (Viñas, 1989: 220). La interesada pasión por la historia literaria estaba en Borges y en sus operaciones críticas. Y se reduplica o prolonga –como sabemos– en la ficción de Ricardo Piglia, que aúna y sutura dos pasiones encontradas: la de Borges, la de *Contorno*. Por lo tanto, el libro de Viñas–Montaldo sigue esta sutura de la polarización que inauguró Piglia, equiparando el relieve otorgado a Borges con dos capítulos diferentes (de Aníbal Jarkovsky y Alan Pauls) dedicados a Roberto Arlt. Arlt y

Borges, según esta lectura, tanto divergen como se encuentran en la Historia de la literatura argentina. Una visión conciliadora.

Otra comprobación curiosa: Viñas, desde el prólogo, traza, solitario, las líneas del período apelando al arsenal de su retórica, pero nadie, luego, en el libro recoge esta visión solitaria. Así, cuando Viñas entrecomilla irónicamente la expresión “sistema literario”, muchos artículos apelan a ella convencidos, sin mayores explicaciones, de que se trata de un *mot de passe* que clarifica la entrada a un concepto explicativo evidente. La metáfora del campo o del sistema, ya se acerque o se aleje de Bourdieu, permite explicar y ordenar los materiales heteróclitos y dar cuenta de las luchas que tienen así un sentido y una meta. Si bien es cierto que el libro dedica (en consonancia con el tono polémico de su director) muchas páginas a las batallas y luchas literarias, todo es al final contemporizado, neutralizado: evidentemente, los enemigos de Viñas no son los de sus colaboradores. Un ejemplo: en el Capítulo “Polémicas II”, Claudia Gilman diluye firme e irónicamente las oposiciones entre Florida y Boedo de esta manera: “...la discusión está liquidada de antemano: progresismo político y progresismo estético están adjudicados por unanimidad entre unos y otros” (Viñas, 1989: 58). A propósito del tono irónico: la ironía no es un rasgo circunscrito a una colaboradora, o la particularidad de un estilo individual. El sarcasmo del Director también se atempera en la ironía de los subtítulos que puntúan todo el volumen (“El mundo era un pañuelo”, “El amor burgués: yendo de la calle al living”, “Florida y Boedo: dos vanguardias que no hacen una”, “Espantapájaros: el escándalo al alcance de todos”, etcétera). La historia de Viñas recoge morigerada la risa juvenil de su objeto, la de los jóvenes martinfierristas, y no quiere ser, a todas luces, a pesar de su seriedad, una historia seria.

Con toda evidencia, el tomo de Jitrik (dirigido por Susana Cella) se opone y polemiza con la narración heroica, con la epopeya histórica que erigió Viñas, y también con el apego a dejar que la historia institucional o política imponga el ritmo de sus sacudidas a la línea literaria. Pero lo cierto es que la Historia colectiva de Viñas desabrocha este corsé mediante una relación irónica con el contexto. Esa es una de las funciones que tienen las viñetas que sueldan un capítulo con otro. Las viñetas dan cuenta de los elementos menores que no entran en cuerpo general, y que son degradados por la historia, pero activos en la consideración crítica y lectora de su época (por ejemplo, Hugo Wast). Con las viñetas quiere resolverse el espinoso problema histórico de “las mesetas y las altas cumbres” en la evolución literaria, pero sirven además como “puente” irónico con la historia y sus facetas (la historia cultural, universal, institucional, política). Convengamos en que la ironía no es una solución al problema, y que su elegancia se parece bastante al escamoteo, pero asimismo debemos convenir en que la ironía como figura retórica necesita respetar la independencia de dos planos que se juntan para vacilar en la resolución de su sentido, en este caso, la

historia y la literatura. En realidad, Jitrik polemiza con los apuntes narcisistas de *Literatura argentina y realidad política*, porque el Viñas colectivizado de su *Historia social...* se democratiza inesperadamente para ser una voz más, contradicha por otras voces.

Sin embargo, la imposición de las fechas y las cronologías termina en la *Historia social...* de Viñas por imponer su peso: en el título, Yrigoyen tiene la delantera frente a Borges y Arlt; Montaldo comienza subrayando el papel de la Ley Saénz Peña en las relaciones culturales; y el libro concluye con un capítulo (“El 7 de setiembre”) que antologiza diversos documentos literarios y periodísticos sobre la revolución, al que se agregan dos cronologías sobre el período (los hechos políticos y los culturales por separado). El título de Viñas destaca el adjetivo “social” como tributo a Hauser, pero la relación queda abandonada, en definitiva, a las viñetas, las cronologías, y a Bourdieu, que ejerce su fascinación omniexplicativa de las luchas entre pares. Observemos al pasar que la noción o *mot de passe* “campo intelectual” reaparece con las mismas difuminaciones conceptuales en varios capítulos del libro de Jitrik.

Cuando Cella tiene que trajar con el mismo problema (en este primer tomo de Jitrik no hay cronologías y son desterradas teóricamente en el epílogo de su Director), sorpresivamente nos encontramos con otro tributo a Hauser (a su historia la llama “monumental” (Jitrik, 1999: 14)), y justifica con esta autoridad la inclusión del cine en el volumen. Desde luego, Cella no cree, a pesar de la periodización usada (1955–1976), que los cambios literarios deriven de los históricos. Se tratará, entonces, de una historia “interna” cuyo objeto guarda una relativa independencia respecto de los otros discursos, y –agrega Cella precipitándose en Viñas– respecto de “*todo eso que denominamos genéricamente la realidad*” (Jitrik, 1999: 7). La sorpresa aumenta al comprobar que el desdén por la historia fáctica no la dispensa de trazar una sinopsis de la situación europea, americana y argentina en el período: se apelará, entonces, a un cuadro cronológico internalizado que elude el problema de fondo. “Irrupción” alude al motor histórico, vale decir, a la ruptura, y a la crítica inaugurada por *Contorno*. ¿Una visión formalista de la historia literaria? ¿Y qué pasa con los residuos y las continuidades? Se comienza a sospechar que la relación con la historia, tan pregonada por *Contorno*, ha dejado como herencia un vacío teórico que impide pensar más allá de los reacomodamientos de nombres en una trama. Porque si bien este tomo de Jitrik intenta relacionar discursos que “interfieren” con la literatura (la semiótica, el psicoanálisis, el periodismo, el nacionalismo, el cine, el teatro, el marxismo, los géneros), y la comprensión de estas “interferencias” es uno de los mayores logros en el diseño de su historia, por otra parte, la pasión por los nombres y los hombres de la historia no decae y convive con la “otra historia”, la discursiva.

No se nos ocurriría negar el peso de esos relatos particulares, dedicados a un nombre (Borges, Walsh), pero intriga que aparezcan otros dos (Murena,

Viñas). Dice Jitrik en el “Epílogo”: “*algunos nombres reaparecen: es porque desempeñan un papel relevante en el relato*” (Jitrik, 1999: 502). Por lo tanto Murena, acompañado de Viñas (vecindad que la mitología chismosa de las anécdotas paralelas a las historias oficiales de la literatura nos describen como borrascosa y de final boxístico), deja entrever una operación apasionada y polémica cuyo objeto en disputa es la historia misma. Murena, desterrado del discurso universitario, incomprendido, ilegible dentro de la crítica hegemónica de orientación sociológica, es reabsorbido por Américo Cristófalo. La herencia de *Contorno* es la que impide leer a Murena, y en esto, Cristófalo se aparta radicalmente de la orientación del volumen, cuya filiación en la ruptura y la discontinuidad es pensada originándose en el legado contornista.

No es solamente que los hijos críticos de *Contorno* estén obligados a revisar las opiniones de sus maestros (según un psicologismo familiar que interpreta la historia como eternos y sangrientos conflictos paterno-filiales), sino reconocer que un modo de lectura heredado impone siempre una o varias cegueras constitutivas: si los maestros son “patrones” intelectuales, el legado arrastra ciertos “patrones” de lectura que tarde o temprano serán sentidos como erróneos. Revisarlos no implica una masacre generacional parricida, sino agregar una nueva perspectiva a la iluminación de la historia que es, en estos quehaceres críticos, también la historia de los malentendidos críticos.

En cuanto a Viñas, sucede todo lo contrario, pues Julio Schwartzman (en el capítulo “David Viñas: la crítica como epopeya”) elige la argumentación *ad-hominem*, y un combate cuerpo a cuerpo con su maestro, mostrándonos hasta qué punto es difícil para el discípulo sustraerse a la mimesis especular. El combate de Schwartzman repite los escenificados encuentros textuales de Viñas con los sujetos que denuesta o analiza. Por lo tanto, su ataque será cruento, implacable, sangriento, minucioso en el temor de que cualquier detalle incongruente se le escape. Y no se le escapa nada. “*El itinerario de Viñas deja a su paso - dice Schwartzman - una masacre*” (Jitrik, 1999: 163). En tanto odio debe haber, seguramente, una inocultable fascinación, que no dudamos en llamar “discipular”, pues el *Laferrère* de Viñas, escrito como tesis doctoral, es para Schwartzman un ejemplo pedagógico superior al de Eco: “[Viñas] enseña con un caso concreto (es decir, por una vía diferente del magisterio de Umberto Eco - por otra parte, lleno de sensatez y utilidad), *cómo se escribe una tesis*” (Jitrik, 1999: 160). Por otra parte, la relación del discípulo con su maestro no puede dejar de ser una relación con otros discípulos, aquellos que ahora ocupan el sitio de alumnos consecuentes; debido a esta implícita escolaridad, Schwartzman, convertido en el buen discípulo, el discípulo crítico y demoledor, apunta sobre los “malos” seguidores: “...su éxito (como figura pública o massmediática) ha ocasionado unos cuantos equívocos, entre ellos la existencia de un entorno adicto y a la vez acrítico, que toma de Viñas sus simplificaciones y no su monumental trabajo de lectura...” (Jitrik, 1999: 175). Leer

anecdóticamente esta relación discipular, especular, en la clave psicológica del *odi et amo*, nos haría olvidar algo que Schwartzman advierte: “*Es difícil exagerar la influencia que Literatura argentina y realidad política ha ejercido en la crítica y la academia argentinas y americanas*” (Jitrik, 1999: 156). Vista desde el diseño general de *Historia crítica*, la pasión asesina desatada es la pasión por oponer otra perspectiva histórica a la hegemonía mantenida por Viñas durante tantos años. Una operación de sustitución o reemplazo. Pero que inadvertidamente instala algo anacrónico, una herencia iconoclasta típica de *Contorno*, siempre preocupada por disparar al hombre, al sujeto, a su aura de predicamento intelectual. En una historia que pone en primer plano las confluencias y disonancias discursivas, el ataque a Viñas, ejecutado con sus propias armas, reinstala con un chirrido aquello mismo que se pretendía desterrar.

Una historia de la literatura no puede desembarazarse del peso monumental que la signa, ni tampoco de algo menos pesado y más optimista: se dirige al futuro, al porvenir, pretende ser una apertura a lo desconocido. En el “Epílogo” a su primer volumen de la *Historia crítica*, Jitrik promete un prólogo con todos los presupuestos teóricos y metodológicos que han guiado la empresa. El prólogo, siempre escrito al final, recapitulará, seguramente trazará sentidos, mojonos por los que pretenderá ser leído. Algo nos adelanta, sin embargo, Jitrik: la historia es un relato y un relato discontinuo, de “dicontinuidades radicales”, una trama de relatos y relatos más pequeños que se construyen a partir de la situación interesada del investigador. Algo hay de Foucault en este planteo, pero me parece aventurado conjeturar sobre una teoría de la historia literaria que se promete como una culminación de todo el proceso investigador. Si es cierto lo que dije de una voz solapada e irónica que juguetea con la historia en el libro de Viñas, no puedo sino correlacionar este humor, o esta alegría con el modo en que Jitrik nos propone que leamos su *Historia crítica...*, con un toque optimista, el optimismo de la crítica, que —nos dice— “*cualquier lector ... advertirá bien pronto entre líneas... como una melodía secreta*” (Jitrik, 1999: 503). Buen humor, optimismo: ¿es ese el inaudito legado de *Contorno*? Sí, en cuanto la voluntad de poderío de la crítica se manifiesta como goce de la propia fuerza, como un ímpetu juvenil de afianzamiento (*Contorno* fue, no hay que olvidarlo, una empresa juvenil). Leemos en el “Epílogo” de Jitrik que ese tono, esa entonación que quiere dar a sus volúmenes “*permite inferir cuál es el estado actual del discurso crítico en la Argentina, cómo se vincula con la masa textual que lo motiva, y cuáles son sus opciones principales*” (Jitrik, 1999: 502).

En un momento de autorreflexión, la crítica se mira en la historia, y hace la historia de su propia fuerza. Necesario optimismo en las dos obras que intentamos comparar. Pero no se crea que las emparejo ciegamente a través de un común optimismo de la fuerza, ni que Jitrik y Viñas son, a los ojos del Dios de la historia, Aureliano y Juan de Panonia, los dos teólogos. Quien cede a las pasiones (¿y cómo no ceder a ellas?) está dispuesto a entregarse al anonimato.

Y en las disputas y en las pasiones que Viñas y Jitrik han sabido imantar, finalmente hay algo de anónimo, algo que podríamos llamar la pasión por la crítica, la pasión por la literatura, o quizá, más oblicuamente, la pasión por la historia.

JORGE PANESI

Universidad de Buenos Aires

OBRAS CITADAS

- ARRIETA, R. A. 1960. *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires, Peuser.
- DERRIDA, J. 1993. *Passions*. Paris, Galilée.
- HAUSER, A. 1998. *Historia social de la literatura y del arte*. Madrid, Debate.
- JITRIK, N. 1999. *Historia crítica de la literatura argentina*. Volumen 10: S. Cella ed. *La irrupción de la crítica*. Buenos Aires, Emecé.
- SARLO, B. 1981. "Los dos ojos de contorno". *Punto de vista*, n° 13, año IV, noviembre.
- VIÑAS, D. 1964. *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires, Jorge Alvarez.
- _____. 1989. *Historia social de la literatura argentina*. Tomo VII: G. Montaldo y colaboradores. *Yrigoyen, entre Borges y Arlt 1916-1930*. Buenos Aires, Contrapunto.
- ZUBIETA, A. M. 1987 "La historia de la literatura. Dos historias diferentes", *Filología*, XXII, 2, 1987, 191-213.